

EDITORIAL

Al Ejército Nacional

HABEIS DADO LA LIBERTAD A LA AMERICA
MERIDIONAL Y LA CUARTA PARTE DEL
MUNDO ES EL MONUMENTO DE VUESTRA
GLORIA.

BOLIVAR

En el amplio firmamento de nuestra Historia Nacional, así como en la inmensidad de los espacios siderales, se destacan numerosas luminarias, todas las cuales corresponden a los hechos trascendentes que han señalado su proceso vital por el angustioso camino de los tiempos. Son las realizaciones determinadas por el esfuerzo de los hombres. Unos al descuajar los bosques para crear los campos fecundos de cultivos y praderas o para asentar los pueblos y las urbes. Otros surgen de las luchas destinadas a la constitución eficiente de Escuelas, Institutos, Universidades y Centros diversos de cultura, como basamentos de las personalidades humanas y simiente profesional de preclaros ciudadanos. Son también las campañas ardientes para dotar a la República de los carriles constitucionales y legales, como fundamentos adecuados para su avance hacia el desarrollo armónico de las instituciones y de las sociedades. Son las poderosas creaciones de la industria, como manantiales del

progreso, del trabajo y de la grandeza positiva. Son las fulguraciones de la mente, emanadas de cerebros cultivados y estampadas en valiosos aportes de científicos y de técnicos, de escritores y poetas, para gloria y renombre de la inteligencia nacional. Son los típicos acordes que brotan de las almas y de los corazones de los hombres que cantan sus amores en los pueblos, en los campos, en la soledad de las montañas, en la dulce placidez de nuestros valles, bajo el rumor candente de las costas o en la extensión ilímite de nuestras llanuras. Son las maravillosas creaciones de las artes, plasmadas en los lienzos, en los bronceos, en los maderos o en los mármoles. Son las cívicas campañas por la conquista de los poderes y la fama, con reguero de nombres ilustres y de salientes conductores de los pueblos. Todas estas maravillosas creaciones del esfuerzo humano constituyen esas fulgentes luminarias de la Patria. Por ello, el firmamento de Colombia está, así, tachonado de luceros.

Pero si abrimos los pliegues de la Historia y analizamos, con serenidad y con justicia, el evidente valor de los merecimientos; necesariamente llegaremos a la inobjetable convicción de que los más brillantes soles del espacio nacional están constituidos por las gestas formidables que, para gloria y grandeza de la Patria, han librado, con dignidad y elevación suprema, los hombres que han portado las nobles y ya consagradas armas de Colombia. La Libertad, la Paz y la Seguridad son estrellas primordiales en su sistema planetario. Como centros formidables de galaxia, a su redor y bajo su amparo han podido rutilar todas las otras luminarias mencionadas, que hacen lustre y renombre al prestigio y a la grandeza de esta hija predilecta de Bolívar.

Desde luego, es indudable que cada una de las Fuerzas integrantes de nuestras actuales Armas Nacionales mantienen en su haber páginas gloriosas, ya que todas ellas han contribuido, con su esfuerzo y con su patriótico heroísmo, al mantenimiento impoluto de la nacionalidad colombiana. Lejanos territorios, así como los mares y los cielos del mundo, han visto tremolar fastuosamente nuestras límpidas banderas, ya en los trances cruentos de la lucha bélica, o ya en las gestas de cultura, del entendimien-

to y de la amistad entre los pueblos. Por ello es grato saber y proclamar que los colores nacionales jamás se han arriado con vergüenza, ya que, por el contrario, siempre se han visto iluminados por la dignidad y por la gloria.

Pero también es indudable que el Ejército, como Fuerza perenne y de mayor antigüedad, cuenta en sus arcas de grandeza con los más abundantes y nobles capitales de merecimientos y de glorias. El hombre del Ejército, el SOLDADO, el verdadero y legítimo soldado, es quien ha demarcado los rumbos históricos de esta porción americana, desde tiempos tan lejanos que sus hechos primitivos se pierden dentro de las profundas espirales del pretérito insondable.

En la guerra, el hombre es, real y verdaderamente, el arma y la fuerza vital de la victoria. Los implementos bélicos, inclusive los de esta era fatal de la lucha nuclear y de los alcances ilimitados sobre la faz esférica del mundo, son apenas elementos de la destrucción, del arrasamiento y del aniquilamiento apocalíptico de todas las grandes creaciones producidas por la mente humana. La destrucción puede llegar, inclusive, hasta el máximo extremo del aplastamiento; pero esto es solo una actividad preparatoria y, en cierto sentido defensiva, al destinarse solamente a quebrantar el poderío ofensivo del contrario. En cambio, es la presencia efectiva y real del hombre y el imperio de su planta sobre el objetivo señalado, lo que produce inevitablemente la conquista. Ello constituye, por lo tanto, el factor positivo de la guerra y el seguro pedestal de la victoria. Solo mediante la conquista obtiene la política sus propios objetivos, así se trate solamente de la defensa de los propios intereses conculcados o atacados. El hombre es, pues, el arma eterna y fundamental de la victoria. De esta suerte y por cuanto el Ejército es, para el país, el selecto arsenal de sus mejores hijos, vale decir, del dinámico núcleo del soldado, es necesario concluir con que el Ejército, por encima del material acumulado por la técnica, prevalece, con el hombre, como insustituible rey de las batallas y como árbitro imperante de la guerra. Siendo ello así, justo es el que ahora contemplemos al soldado colombiano, arrancando sus memorias desde los primitivos albores del pasado.

EL SOLDADO EN LA PRE-HISTORIA

FORMACIÓN DE LOS IMPERIOS Y LOS REINOS. — *No existen, ni pueden existir, elementos documentales, o siquiera testimonios, que den mediana luz sobre la Historia Militar del hombre precolombino, de épocas remotas. Solo hay signos y confusos rudimentos de tradición que permiten pensar en las posibles luchas y contiendas realizadas para el asentamiento de las razas y de los pueblos primitivos, hasta la constitución de los Reinos y de los Imperios hallados por los Conquistadores españoles al descubrimiento de la América.*

Pero sí pueden colegirse las tremendas contingencias que pudieron ocurrir por tales épocas, dado el curso más o menos conocido de las intrincadas migraciones, de la conexión de los idiomas con lenguas de orígenes lejanos, cierta comunidad de tradiciones y alguna similitud en las creencias religiosas y en el catálogo general de los dioses tutelares, al igual que el paralelismo hallado en cuanto a costumbres, usos, recursos médicos y brujerías. Ejemplo de ello es la uniforme tradición, casi continental, sobre la presencia, actuaciones, doctrinas y enseñanzas del gran sacerdote y protector BOCHICA, (Nemqueteba o Sadigma), cuya visita se calcula en 25 "EDADES", (cada edad 70 años, promedio de la vida humana), o sea a principios de la Era Cristiana. Se conoce, igualmente, la veneración a CHIMINIGAGUA o el Todopoderoso; el culto a CHAQUEN, como Arbitro de los Justos, revuelto con el inevitable Baco americano o NEMCATOA y, naturalmente, el reverente respeto al tremendo GUAJALOQUE o Demonio ancestral de nuestros ilustres antepasados.

Pero también se rendía culto especial y tumultuoso al Dios de la Guerra, a nuestro pre-histórico Marte, o sea al muy poderoso CHIBRAFRUIME. La guerra tenía, por lo tanto, su arrebatado Dios vigente y protector de las contiendas. En tales luchas el GÜECHA era el supremo comandante y conductor de los Ejércitos. De toda suerte, al parecer, las batallas fueron encendidas y violentamente encarnizadas. Ello significa que, desde entonces, el atávico

soldado nuestro cristalizó su alma heroica y fundió su corazón en los crisoles ardientes de la mortal contienda, siempre en pos de la grandeza y la victoria. Desde tales épocas se vino macerando la estructura militar del actual combatiente colombiano. Es hecho cierto que EL SOLDADO JAMÁS SE IMPROVISA. El hombre puede INSTRUIRSE en los secretos de la guerra y hasta ADAPTARSE a todas las modalidades militares; pero el soldado verdadero NACE. Nace con el pigmento de la gloria incrustado en los profundos arcanos del espíritu. Se acendra el fuego de su alma en los íntimos repliegues del corazón, con el necesario ardor atávico de las luchas pretéritas. Y allá, en donde se funde la sangre para la vitalidad del ser, palpita en las razas altivas el misterioso anhelo de las futuras hazañas. Por ello mismo, ya en la época proto-histórica, pudo gravitar heroicamente, en el nativo americano, ese violento coraje y el ímpetu indomable de las tribus. Tal la coraza guerrera de los Muzos y los Panches, de los Quimbayas y Pijaos, de los Calimas y Taironas, de los Guambianos y los Páeces, de los Laches y Tumacos, de los Sálivas y Cuivas. Esto, para enunciar solo algunos de los aguerridos pueblos que, ya para la Conquista, con formidable alma de soldados y arrogancia heroica, hicieron frente a las fuerzas españolas empeñadas en asentar su predominio en esta parte bendita de la tierra americana. De allí también se infiere que, para honra de la sangre aborigen, el actual soldado de Colombia nació evidentemente en el misterio de esas lejanas y recónditas centurias. El Ejército presente surgió del atávico fermento de tales edades, ubicadas tras la cortina de los tiempos, en las luchas destinadas, por ignotos conductores, a la conformación de las culturas, de los Reinos y de los Imperios que asentaron finalmente su grandeza en esta Patria nuestra y madre adorable del hombre colombiano.

EL SOLDADO EN LA PROTO-HISTORIA

ALTIVO PANORAMA DE ANTE-CONQUISTA. — A la llegada de los Conquistadores a la recién nacida América, hallaron pueblos admirablemente organizados. Existían brillantemente los Reinos y gravitaban los Imperios. Desde luego, no llegaron nuestros directos ascendientes a la grandeza

cultural de los Aztecas, de los Mayas o de los Incas. Pero los monumentos estatuarios de San Agustín, las maravillosas colecciones del Museo del Oro y los descubrimientos de los últimos años en diferentes lugares del país, demuestran claramente que nuestra cultura pre-colombina no era tan baja ni tan exigua como se llegó a pensar. Políticamente existían ya Imperios, como el de los CHIBCHAS; el cual se hallaba dividido en Cacicazgos, como verdaderos Reinos. Tales los dominios de los Zipas, Guatavitas, Muisacas, Susas y los no menos trascendentes de los Zaques y Tundamas, incluido en este último el histórico centro místico de Suamox. Otra rama, la de los CARIBES, dispersaba sus dominios en fuertes y aguerridos Cacicazgos, ocupando múltiples regiones del norte y del centro del actual territorio de Colombia: Taironas y Chocoes, los Panches y los Muzos, los Pijaos, Andaquies y Calimas. Igualmente, de origen incaico residían también pueblos cultos, poderosos, que han dejado maravillosos vestigios de su comprobación por las regiones meridionales de la actual Colombia. Ya, sobre esta época, si existen relaciones y escritos estupendos, tales como la obra fundamental de Fray Pedro Simón, la lírica relación de Joan de Castellanos y otras no menos trascendentes; de todas las cuales se pueden entresacar, para orgullo colombiano, las mil y una incidencias, actuaciones y grandezas de nuestros magníficos antepasados.

Eran, además, pueblos guerreros que mantenían sus bien constituidos Ejércitos, ya para la conquista de nuevos territorios o ya para la defensa de sus viejas heredades. Se conocen sus armas e implementos bélicos, el empleo de medios letales en la lucha (veneno de la rana, curare, etc.), sus sistemas de fortificación junto con la admirable factura de peligrosos obstáculos (palizadas, derrumbamientos, puyas clavadas en vados y pantanos), como también sus sistemas de conducción y acopio de doctrina bélica. Se afirma que los Chibchas eran eminentemente pacíficos; pero es un hecho que mantenían contiendas permanentes con sus vecinos belicosos (Panches, Muzos, Guanes, Güicanes, Morcotes, Tecuas y Buchipas). También se conocen las guerras internas de los Chibchas por razones de predominio, como las campañas de Saguanmachica y, principalmente, las bé-

licas aventuras del gran guerrero, sobresaliente conductor y señor de sus Ejércitos, el indómito Zipa Nemequene. Fue éste enemigo irreconciliable de Quemuenchatocha, el arrogante Zaque, quien, al final de cuentas, resultó vencedor de Nemequene. Cabalmente Tisquezusa, preparaba venganza contra Quemuenchatocha, al arribo del conquistador español.

Vivían, por tanto, en ámbito de guerra y de grandeza todos los Ejércitos de nuestros Imperios, Cacicazgos y sus Reinos. Palpitaba el soldado nativo con ese fuego heredado de las primitivas razas. Se mantenía el fragor de la contienda en el espíritu. En toda forma se acendrabá en la sangre y en el corazón de las razas la tradición guerrera y se mantenía fecundo el germen sagrado que habría de producir, tres siglos más tarde, al invencible soldado de la Libertad de América.

LA CONQUISTA

GRANDEZA EN EL CALVARIO. — Para la Corona de España era indispensable tomar posesión de las tierras descubiertas por Colón. Pero tal hecho se hubiera podido realizar, no solo sin el arrasamiento y el cruento sacrificio de nuestros pueblos, sino, por el contrario, con el propio aprovechamiento de sus culturas, de sus posibilidades, de sus organizaciones y, principalmente, de ese magnífico material humano que los integraba. Pero el oro, el afán desmedido de riquezas, el rubicundo señuelo de Eldorado y el demonio cruel del predominio, con su inmensa cauda de ambiciones personales y sustento de instintos desbordados, torcieron integralmente el curso normal y humanitario de la trascendental Conquista. Esta se tornó, infaustamente y tal como lo reconoce gallardamente la presente España, en devastación y arrasamiento.

No obstante su manifiesta inferioridad numérica, los Conquistadores supieron aprovecharse del terror. Terror por el empleo tremebundo de esos mortíferos rayos emanados de los mosquetes, interpretados por los nativos como castigo de los dioses. Centellas de la Divinidad lanzadas por los

"hijos del sol", de ese furibundo padre ZUHE, enojado por entonces con los hombres. Terror ante los cuadrúpedos monstruosos, acorazados, que actuaban dócilmente como veloces medios de transporte y de ataque y como fortalezas de batalla con su peso arrollador. Terror de las puyas brillantes de las lanzas inmellables y del flamígero resplandor de los alfanjes y de las espadas. Terror por la diestra fiereza de los amaestrados perros, desconocidos y sanguinarios. Terror por las corazas de los poderosos hijos del sol, las cuales reproducían fatídicamente los propios reflejos del Dios airado y eran impenetrables a la violencia de las flechas y de las macanas. Por otra parte, era indudable la superioridad técnica de los invasores, superioridad en el mando y en la conducción de las acciones, con admirable disciplina de combate. Por ello, no obstante el valor temerario de las tribus, estas fueron cayendo, segadas por el huracán. Fueron abatidas por millares, sacrificándose, lógicamente, lo más florido y valioso del capital humano de las tribus. Así fenecieron, finalmente, los hombres y los pueblos y las razas. La Conquista total fue de iracundo arrasamiento.

Pero el soldado americano cumplió con su deber ante la suprema razón de su justicia. Pereció sin inclinar la frente. Jamás entregó su patrimonio de dignidad y de grandeza. Luchó, como héroe de procera estirpe, por sus legítimos derechos naturales, morales, sociales y territoriales. Luchó contra la usurpación y el eneguecido fragor de la fuerza brutal, desenfrenada. El destino le fue fatal, pero sus penachos de plumas y sus gorgueras de pedrerías y de aguzados colmillos de los tigres cayeron a la arena, empapados en su sangre generosa, pero sin mancilla. Para comprender su actitud e interpretarla en su valor humano, hay que contemplar la garra feroz de La Gaitana y de sus huestes en defensa de su nativa tierra y en venganza del horrendo y criminal sacrificio de su hijo. Hay que admirar en su furor salvaje a los Pijaos, a los Calimas, a los Muzos, a los Panches y a tantas otras tribus aguerridas que lucharon encarnizadamente por el derecho legítimo de su heredad. Hay que valorar la altiva prestancia del Tundama y aterrarse ante el cobarde sacrificio de su persona y de la de su propio hijo, consecuencia bien pagada de la traición indigna.

¿Por qué no acreditar en su justo valor las heroicas hazañas de los pueblos todos, hombres y mujeres convertidos en soldados, en defensa de su propia Patria, hoy Colombia? ¿Cómo acallar el respeto que merecen por su heroica inmólación, tantos Jeques, Sacerdotes y Caciques, para quienes no bastaron los hierros, ni las parrillas ardientes, ni todos los tormentos, para doblegar su moral y su altiva dignidad? En América, los Leonidas y Bayardos se contaron por millares. Por ello no debe la Historia ignorar los nombres de tantos héroes que se hicieron sagrados, en sus luchas desiguales, el frente de sus propios Ejércitos: Casequinque, Marube y Alonso Xequé; Conchina, el Tundama o Icabero, Tisqueza y Sagipa; Quinunchá, Macaregua, Chianchón y Tisquisoque; Lutaima, Pigoanza, Meco y Tone; Nabsacadas, Yutengo, Tirrome, Pipatón y Calarcá; Chanviricua, Pimaracua, Tirtarama y Maitatá; Zuzaburruco, Tuatoque, Zipacua, Malambo, Aquiminzaque, Tucurrunbe y Bonda. Cientos de Jefes y decenas de Ejércitos de legendaria historia, que sucumbieron abatidos, con sus flechas y sus dardos en la mano y con los labios sellados ante el martirio y los tormentos. Glorias recónditas de menospreciada Historia sobre humanas gestas. Ejemplos altivos de valor sublime. Sagrada dignidad de volcánica fiereza y varonil pujanza... Así fue el soldado americano en las trágicas edades y tal es el poderoso germen, de coraje ardiente, conservado por Dios para fuerza moral y virtud de sangre dentro del alma tan gallarda de nuestro actual Ejército de Colombia.

LA COLONIA

HIBERNACIÓN DEL HEROÍSMO. — *El arrasamiento de las razas nativas y el afán de predominio hispano, alejaron, especialmente en los primeros tiempos, la presencia del soldado americano de las filas imperantes del Ejército. Restos de tribus indomables subsistieron, pero lentamente fueron también aniquiladas. Los últimos vestigios de las razas se ampararon en las profundidades de las selvas, en la reconditez de las montañas o en la inmensidad de las pampas solitarias. La actividad castrense quedaba solamente en las manos españolas. Mas, al discurrir el tiempo y asentada ya la autoridad peninsular, la escasez*

de personal hispano y el natural cambio de cultura realizado en los nativos, fueron abriendo, paulatinamente, los portales castrenses a los vejados criollos de la Nueva Granada. El natal granadino fue vistiendo, poco a poco, el uniforme militar de los extraños. Pero se sintió soldado y canceló sus labios. La Fe y la Esperanza anidaron entonces, silenciosamente, dentro de su propio corazón.

Durante esta época no existió, en realidad, la lucha bélica. El poderío español era incontrastable, de donde nuestros héroes en potencia adormilaban sus íntimos fragores. Acciones esporádicas se presentaron y en ellas rindieron los criollos, airosamente, su tributo de valor y de coraje. Tales fueron, por ejemplo, las múltiples defensas contra los Piratas, contra Drake y contra Vernón, fuera de dispersas e internas aventuras sin máxima importancia. Quizás fuera ello un descanso, otorgado por la Divina Providencia, a fin de que la sangre americana pudiera restaurar y acumular sus fuerzas para la magna gesta; la cual se hallaba ya prevista, en sus altísimos designios, con destino a fijar, ante el asombrado mundo, los destinos supremos de la América.

Pero el germen vocacional de los guerreros no había fenecido. Como una crisálida se hallaba inclume en los ardientes capullos de los corazones. Cabalmente por ello, dos fenómenos consecuentes se fueron aquilatando con el correr de dos centurias. Consistió el primero en la gestación del justo y contenido fermento de inconformidad ante la situación humillante del colonialismo. Resentimiento y protesta contra el poder dominador. Así brotaron en Hispanoamérica los primeros, aunque frágiles cotiledones de la subversión, como débiles plantas en trance de renacimiento. Tales preámbulos revolucionarios se hicieron sentir en Paraguay y en Quito, en México y en Chile y, principalmente, en la Patria de los Incas bajo la brillante figura del Príncipe Tupac Amaru. La Nueva Granada, desde luego, no permaneció tampoco impávida. Por el año de 1781, desde la histórica plaza del Socorro, lanzaron su grito de protesta los pueblos Comuneros. Marcharon inoportunamente arrogantes con el ánimo de hacer valer sus

legítimos derechos, pero, infaustamente, de este movimiento quedaron solamente, como saldo, la sardónica burla de Zipaquirá, la figura legendaria de José Antonio Galán y una luz inextinguible en la ruta nebulosa de la libertad. El brote Comunero feneció así, sin pena ni gloria, víctima de la inexperiencia y de la simplicidad.

LA INDEPENDENCIA

RELÁMPAGOS, TINIEBLAS Y FULGURACIÓN. — *El 20 de julio de 1819, fue el relámpago inicial que iluminó, para siempre, la Historia gloriosa de Colombia. En ese mismo día, bajo el ardor de la emotiva trepidación de la Esperanza, se organizaron las primeras milicias, irregularmente desde luego. Pero de una o de otra manera, bajo el típico palio de la ruana, apareció de nuevo el legítimo y patriótico soldado granadino. EL 23 DE JULIO SE REALIZÓ FORMALMENTE LA CONFORMACIÓN DEL PRIMER CUERPO NACIONAL DE NUESTRAS TROPAS. Ese día, por tanto, señala para la Historia el efectivo nacimiento del heroico y formidable Ejército de la Libertad y, consecuentemente, el real advenimiento a la vida de nuestro actual Ejército de la República de Colombia. Por tal razón esta fecha venturosa se ha señalado, justamente, como el preclaro e indiscutible DIA DEL EJERCITO.*

Saltaron por entonces los polluelos de sus nidos y afilaron sus garras los condores. Se dio así principio a la máxima epopeya americana. Desgraciadamente, la natural inexperiencia de los conductores políticos, no obstante su indiscutible patriotismo y su entrega total a la causa de la libertad, obstaculizó los caminos y consumió preciosas energías, tan indispensables en este trance histórico del Nuevo Mundo. Fue la Patria Boba. Durante ella, las fuerzas granadinas, bajo el impulso de pasiones y ceguedad política, midieron sus armas y ejercitaron el valor y su coraje en luchas fatales, fratricidas. Con todo y no obstante lo anterior, durante este mismo lapso se realizaron empresas memorables, dirigidas ya contra las fuerzas españoles persistentes y brillantemente adelantadas por bizarras juventudes nuestras. Palacé, Calibío, campaña de Nariño al Sur, acciones del Bajo Magdalena

y, principalmente, la fulgurante Campaña Admirable sobre Venezuela. En estas últimas empresas, para gloria universal apareció ante el mundo la preclara figura del más resplandeciente sol de la grandeza, en la inmortal estampa del Genio supremo de la Libertad: SIMON BOLIVAR.

Consecuentemente, en tales campañas y en otras de menor trascendencia, se forjó de nuevo la formidable generación militar de nuestro pueblo. Y se cubrió de gloria. Y dejó estampadas, para las juventudes venideras, ejemplos colosales de magnitud gloriosa, especialmente en los héroes incomparables del Bárbula y de San Mateo. Más tarde, en Carabobo, el coraje español se estrelló de nuevo contra la roca basáltica del soldado granadino. Por tal comprobación de la prestancia humana del combatiente nuestro, desde entonces, esa genial valoración que de los hombres supo hacer el Libertador, lo inclinó a cimentar toda su confianza, para la descomunal empresa emancipadora, en el corazón y en el alma de los jefes y soldados de la Nueva Granada. Por tal razón fueron ellos el soporte infalible de su gloria, para lustre y libertad del Nuevo Mundo.

Pero el año 15 llegó a sus finales. Las luchas fraticidas habían agotado los recursos humanos y materiales de los pueblos. Los relámpagos de venturanza se habían apagado sobre el doloroso firmamento de la Patria. Con Morillo, en Cartagena, se penetró a la región de las tinieblas. Se contaron, desde entonces, los desastres por centenas y se esfumaron todos los vestigios de esperanza. Se levantaron patíbulos, se multiplicaron las escarpas y se abrieron por millares negras fosas. Todo fue arrasado nuevamente y todo sucumbió. Todo menos el persistente Genio de Bolívar y los rescoldos esparcidos del soldado granadino arropados en las breñas y en las pampas solitarias.

Lentamente, entre lágrimas y sangre, ante el terror y la miseria transcurrieron los trágicos años 16 y 17, el 18 y principios del año 19. Vagos reflejos de lejanas lumbres se alcanzaban trémulamente a columbrar. Era la lucha desigual por las vegas del Orinoco y del Apure, y

era también el apagado clamor que ya se percibía por nuestros Llanos Orientales.

Pero el tiempo es impasible en su marcha hacia el destino. Un día, bajo la complacida mirada del Dios Omnipotente, resonó formidable la trompeta de la gloria y el clarín de la victoria entonó su cántico solemne por todos los confines de la América. Súbitamente cesaron las tinieblas y amaneció, en fulguración sublime, toda la tierra de Colón. Como un alud de coraje prepotente, el Ejército Libertador holló las distancias con su incontenible planta, salvó las llanuras inundadas, traspasó las heladas cumbres de los Andes tremebundos y asentó su incontrastable poderío sobre tierras boyacenses. Transformó entonces la Historia, totalmente, su rumbo precedente. La Brújula del éxito giró sobre su eje en 180 grados. La suerte de la guerra canceló definitivamente los desastres y edificó en su lugar volcánica victoria.

Nombres inmortales surgieron entonces para el firmamento americano: Paya y Socha, Tasco y Gámeza, Corrales y Tópaga. Sobrevino trepidante el Pantano de Vargas, como acción definitiva, que sepultó para siempre la fatalidad y demarcó imperativamente el camino certero de la libertad americana. Impuestos ya, en esta acción quebrantadora, el soberano imperio del valor granadino y la suprema prestancia del Ejército, prosiguieron fulminantes las batallas decisivas de la guerra: Puente de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y la corona final en la jornada de Ayacucho. Sobrevino así la Independencia. El fulgurante sol de Libertad extendió su mirada placentera sobre todos los confines de la antigua América Española y brotaron, como flores de Esperanza, las jóvenes Repúblicas de las manos genitoras de Bolívar.

En la cumbre cenital quedó inmortalizada la procera estampa del Libertador y los héroes de la magna empresa fulguran por todos los contornos del cielo de la América. Extendida por el mundo queda, con vibración perenne, la honra y la fama del soldado granadino; de ese soldado que fuera eje y bastión de las campañas victoriosas. Por-

que es indudable que su sangre fecundó los campos históricos de Venezuela. Su coraje y fortaleza condujeron el turbión de la victoria y plantaron la libertad por llanuras y montañas. Su aliento fue motor dinámico en la gesta portentosa y se hizo sentir, incommovible, por ciudades y por breñas y por las altísimas cumbres de los Andes de las abruptas tierras del Ecuador, del Perú y de Bolivia. Los batallones granadinos fueron por siempre, el centro de gravedad en el combate y señalaron el esfuerzo principal en las batallas. Sus jefes y soldados penetraron todos, victoriosos, como rayos de sol en primavera, a los templos inmortales de la gloria.

Tal fue, como lo es y lo será perpetuamente, el Ejército Nacional de la Patria Colombiana. Por algo el Libertador estampó la sentencia que encabeza este homenaje de veneración y de gratitud a nuestro Ejército. Eterna gloria y dignidad suprema le otorgue Dios, en bendición sagrada, al noble y bizarro soldado colombiano!

LA REPUBLICA

ESCARCEOS BÉLICOS Y PAZ. — *La Independencia no podía apagar de repente las lumbres del vivac. Patrióticos anhelos, entremezclados de ambiciones personales, arrasaron a los pueblos a funestas convulsiones. Cadena interminable de contiendas civiles, con saldo inevitable de amarguras y de lágrimas, de sangre colombiana y de fatal retraso, señalaron infaustamente, el decurso general en el pasado siglo, después del irreparable ocaso del Libertador. Las luchas fueron cruentas y de violenta saña. Naturalmente en ellas brillaron nuevamente las altísimas condiciones de valor y de coraje del soldado colombiano, junto con nativa gallardía y un sentido noble de legendaria caballerosidad. Lamentablemente tales contiendas agotaron, al fin y al cabo, inmenso capital humano de alta selección y quebrantaron el ritmo de progreso que alentaba en la República.*

Con el devenir del siglo XX y sobre la cúpula de cráneos acumulados en Palo Negro, se asentó la paz y se abrió

para Colombia el amplio panorama de los carriles verdaderamente republicanos. Así pudo atender, gallarda y firmemente, dolorosa emergencia entre países hermanos. Afortunadamente de ella resultó mejor conocimiento y amistad entre los dos pueblos, otrora antagónicos; a la vez que la más noble consagración sobre la alta eficiencia del soldado de Colombia. Y también así ha podido soportar las terribles consecuencias derivadas de las grandes conflagraciones mundiales y de los conflictos recientes, con sus caudas onerosas en órdenes sociales, económicos, políticos y orgánicos; fuentes que son de la angustia y de la desesperanza para el hombre del presente.

Con la paz, el Ejército Nacional, aun soportando el peso tremendo de la absurda ceguera de tantos elementos descarriados y envenenados con doctrinas foráneas, mantiene hoy en alto sus niveles de dignidad, de prestancia técnica, de honor incólume y del más fecundo y sublime patriotismo, incontaminado y ferviente. Por ello, el Ejército Nacional es, sin duda alguna, sobresaliente y digno exponente de Colombia. Es, para la Patria, fuente de sus glorias, orgullo de su heredad, columna magistral de sus instituciones, basamento incommovible de su seguridad y pedestal de su grandeza. Toda la Fé y Esperanza de Colombia mantienen como escudo, seguro e impenetrable, la altivez gallarda de su Ejército y el tradicional valor invicto de sus nobles soldados, paladines indiscutibles del honor y de la gloria.

Por ello mismo, en el día solemne de su conmemoración, la Revista de las Fuerzas Militares presenta, con orgullo, su homenaje, cálido y rendido, ante el muy noble y consagrado Ejército Nacional de la República. Este es, para nosotros, síntesis triunfante y sagrada de Colombia.

El 23 de julio es la fecha aniversaria de su glorioso nacimiento, ante los propios portales de la Patria, al penetrar ella, tremolante, al concierto universal como nación independiente y libre. Con tal motivo y de manera fervorosa, la Revista de las Fuerzas Militares anhela, para sus selectos contingentes del presente y del futuro, perpetua

venturanza y colmo fulgurante de glorias impolutas. Al pie de las triunfales banderas de sus Armas y ante el trono supremo del Altísimo, la Revista implora, del misericordioso Señor de los Ejércitos, el que se digne derramar, copiosamente y sin fin ante los tiempos, sus bendiciones y sus luces sobre las patrióticas sienas de sus ilustres Generales, de sus Jefes y Oficiales, de los Suboficiales y Soldados del Ejército Nacional de esta Patria Colombiana. Tal imploración surge de nuestra alma, como hijos modestos de sus filas, a sabiendas de que cada uno de los hombres que porta con orgullo el uniforme nacional, lleva también, en el fondo de su espíritu, con caracteres de luz y de firmeza, muy grabada la sentencia latina del honor y de la gloria: "DULCE ET DECORUM EST PRO PATRIA MORI".